

para que su padre fuese rey de la Gran Bretaña, que tenia preso al rey Lisuarte é á su hija, é cómo por el traidor de Amadís le fuera todo quitado; que agora tenia tiempo de no solamente ser vengado de sus enemigos á su voluntad, mas que aquel gran señorío que su padre errado habia, él estaba en disposicion de lo cobrar; y que toviere corazon, que sin él las grandes cosas pocas veces se podian alcanzar, é que si la fortuna á su padre fué tan contraria, que dello arrepentida, á él queria hacer la satisfaccion del daño recebido. E asimismo le dijo cómo el rey Arábigo con todo su poder se aparejaba, porque veia la cosa tan vencida que se no podia errar en ninguna manera, é todas las otras ayudas que para este negocio tenia ciertas, é otras cosas muchas, como aquel que el oficio siempre habia usado é muy gran maestro de maldades habia salido. Como Barsinan fuese mancebo muy orgulloso, y en lo malo á su padre pareciese, con poca premia é trabajo le trajó á todo lo que quiso, é con corazon muy ardiente é soberbia demasiada le respondió que con toda aficion é voluntad seria en este viaje, llevando consigo toda la mas gente de su señorío, é de fuera dél todos los que seguir le quisiesen. Arcalaus, cuando oyó estas razones, fué alegre de cómo fallaba aparejo al contentamiento de su voluntad, é dijole que fuese todo apercebido para cuando el aviso le enviase, porque esto era necesario que fuese mirado con diligencia. Y desde allí fué prestamente é con corazon alegre al rey de la Profunda insula, é razonó con él muy gran pieza; é tanto le dijo, é tales razones le dió, que así como á estos, le hizo mover é apercebir toda su gente muy en orden, como aquel que de lo tal necesidad tenia. Esto hecho, se tornó á su tierra é habló con los parientes de Dardan el soberbio, por cuanto creia á todos con la semejante habla venir mucho provecho, é lo mas secreto que pudo se concertó con ellos, diciéndoles el grande aparejo que tenian. Así estuvo esperando al tiempo para poner en obra lo que habeis oido.

Mas agora no fabla la historia dél fasta su tiempo, é torna á contar lo que les acaeció á don Cuadragante é á don Brian de Monjaste despues que de la corte del rey Lisuarte partieron.

#### CAPITULO XVI.

Cómo don Cuadragante é Brian de Monjaste con fortuna se perdieron en la mar; é cómo la ventura los hizo fallar á la reina Briolanja, é lo que con ella les acaeció.

Don Cuadragante é don Brian de Monjaste, despues que de don Grumedan se partieron, como la historia lo ha contado todo, andovieron por su camino fasta que llegaron al puerto donde su nave tenian, en la cual entraron por se ir á la insola Firme con la respuesta que del rey Lisuarte llevaban, é todo aquel dia les fué la mar muy agradable con viento próspero para su viaje; mas la noche venida, la mar se comenzó á embravecer, con tanta fortuna é tan reciamente, que del todo pensaron ser perdidos é anegados, é fué la tormenta tan grande, que los marineros perdieron el tino que llevaban, con tanto desconcierto, que la fusta iba por la mar sin ningun gobernalle, é así andovieron toda la noche con harto temor, porque á semejante caso no bastan

armas ni corazon. E cuando el alba del dia pareció, los marineros podieron mas reconocer, é hallaron que estaban muy allegados al reino de Sobradisa, donde la muy hermosa reina Briolanja reina era; y en aquella hora la mar comenzó en mas bonanza, y queriendo volver su derecho camino, aunque á muy gran traviesa habian de tornar, vieron á su diestra venir una nao muy grande á maravilla, é como su nao fuese muy ligera, que de aquella no podria recibir ningun daño, aunque de enemigos fuese, acordaron de la esperar, é como cerca fueron é la vieron mas á su voluntad, parecióles la mas hermosa que nunca vieron, así de grandeza como de rico atavío, que las velas é cuerdas eran todas de seda, é guarnecida, todo lo que ver se podia, de muy ricos paños, é al bordo della vieron caballeros é doncellas que estaban hablando, muy ricamente vestidas. Mucho fueron maravillados don Cuadragante é Brian de Monjaste de la ver, é no podian pensar quién en ella viniese, é luego mandaron á un escudero de los suyos que en un batel fuese á saber cómo era aquella gran nao é quien en ella venia. El escudero así lo hizo, y preguntando aquellos caballeros que por cortesía gelo dijiesen, ellos respondieron que allí venia la reina Briolanja, que pasaba á la insola Firme.—A Dios merced, dijo el escudero, con tan buenas nuevas, que mucho placer habrán de las saber aquellos que acá me enviaron.—Buen escudero, dijeron las doncellas, decidnos, si os place, quién son estos que decis.—Señoras, dijo él, son dos caballeros que este mismo camino llevan que vosotras, é la fortuna de la mar los ha echado á esta parte, donde, segun lo que fallan, será para su trabajo gran cansano; é porque ellos se vos mostrarán tanto que yo vuelva, no es menester de mí saber mas.» Con esto que oídes se tornó é dijoles: «Señores, mucho vos debe placer con las nuevas que trayo, y por bien empleada se debe tener la tormenta pasada y el rodeo del camino, pues teneis tal compañía para ir donde quereis; sabed que en la nao viene la reina Briolanja que á la insola Firme va.»

Mucho fueron alegres aquellos dos caballeros con lo que el escudero les dijo, é luego mandaron enderezar su nao para se llegar á la nao; é cuando ellos mas cerca fueron, las doncellas los conocieron, que ya otra vez los vieron en la corte del rey Lisuarte, cuando la Reina su señora allí algun tiempo estovo; é muy alegres lo fueron á decir á su señora cómo allí estaban dos caballeros mucho amigos de Amadís, que el uno era don Cuadragante y el otro don Brian de Monjaste. La Reina cuando lo oyó fué muy alegre, é salió de su cámara con las dueñas que consigo tenia para los recibir, que Tantiles, su mayordomo, le habia dicho cómo los dejaba en la insola Firme de camino para ir al rey Lisuarte. E cuando ella salió, ya ellos estaban dentro en la nao, é fueron para le besar las manos, mas ella no quiso; antes los tomó á entrambos cada uno con su brazo, é así los tovo un rato, abrazados con mucho placer; é desque se levantaron los tornó á abrazar é dijoles: «Mis buenos señores é amigos, mucho agradezco á Dios porque vos fallé, que no pudiera venir agora cosa con que mas me pluguiera que con vosotros, si no fuese ver á Amadís de Gaula, aquel á quien yo con tan-

to derecho é razon debo amar, como vosotros sabeis.—Mi buena señora, dijo don Cuadragante, gran sinrazon seria si así no fuese como lo decis, y el placer que con nosotros habeis, Dios vos lo agradezca, é nos os serviremos en lo que mandádes.—Muchas mercedes, dijo ella.—Agora me decid cómo aportastes en esta tierra.» Ellos le dijeron cómo habian partido de la insola Firme con mandado de aquellos señores que allí estaban para el rey Lisuarte, é todo lo que con él habian pasado, é cómo quedaban sin ningun concierto en toda rotura, que no faltó nada, é que queriéndose tornar, la gran tormenta desa noche los habia echado aquella parte donde daban por muy bien empleada su fatiga é su trabajo, pues que en aquel camino la podian servir é aguardar fasta la poner donde queria. La Reina les dijo: «Pues yo no he estado muy segura sin grande espanto de la tormenta que decis, que ciertamente nunca pensé que podríamos guarecer; pero como esta mi nao es muy gruesa é grande, é las áncoras é maromas muy recias, plogo á la voluntad de Dios que nunca la fortuna las pudo quebrar ni arrancar. Y en esto del rey Lisuarte que me decis, yo supe de mi mayordomo Tantiles cómo vosotros ibades á él con esta embajada, é bien me tove por dicho que, como este sea un rey tan entero y que tan complidamente la fortuna le ha favorecido y ensalzado en todas las cosas, que teniendo en mucho el caso de Oriana, querrá antes tentar é probar su poder que dar forma de ningun asiento, é por esta causa yo acordé de juntar todo mi reino é todos mis amigos que de fuera dél son, é con mucha aficion les rogar é mandar que estén prestos é aparejados de guerra para cuando mi carta vean, é á todos deo con gran voluntad de me servir, é mi mayordomo con ellos para que los guie é traya; y entre tanto pensé que seria bien de ir yo á la insola Firme á estar con la princesa Oriana, é pasar con ella la ventura que Dios diere; esta es la causa por donde aquí me fallais, é soy muy alegre porque irémos juntos.—Mi señora, dijo don Brian de Monjaste, de tal señora y hermosa como vos no se espera sino toda virtud é nobleza, así como por obra parece.»

La Reina les rogó que mandasen ir su nao cabe la suya, y ellos se fuesen con ella; é así se hizo, que los aposentaron en una muy rica cámara, é siempre con ella é á su mesa comian, hablando en las cosas que les mas agradaba. Pues así como vos digó fueron por su mar adelante contra la insola Firme. Agora sabed aquí que al tiempo que Abiseos, tío desta reina, fué muerto con los dos sus hijos, en venganza de la muerte que él hizo á su hermano el Rey, padre de Briolanja, y le habia tomado el reino, por Amadís é Agrájes, como mas largamente lo cuenta el primero libro desta historia, que quedó otro hijo pequeño, que un caballero mucho suyo le criaba. Este mozo era ya caballero muy recio y esforzado, segun habia parecido en las cosas de grandes afrentas que se falló, é como fasta allí habia seido muy mozo, no pensaba, ni discrecion le daba lugar, sino en seguir mas las armas que en procurar las cosas de provecho; é como ya de mayor edad fuese, hobo algunos de los servidores de su padre, que fuidos andaban, que á la memoria le trajeron la muerte de su pa-

dre y de sus hermanos, é cómo aquel reino de Sobradisa de derecho era suyo, é aquella reina gelo tenia forzosamente; é que si él corazon toviere para el reparo de cosa que tanto le complia como para las otras cosas, que con poco trabajo podria recobrar aquella gran pérdida y ser gran señor, agora tornando al reino, ó sacando tal partido que honradamente como fijo de quien era podiese pasar. Pues este caballero, que Trion habia nombre, como ya fuese codicioso de señorear, siempre estaba pensando en esto que aquellos criados de su padre le decian, é aguardando tiempo conveniente para el remedio de su deseo; é como agora sopiese está tan gran discordia que entre el rey Lisuarte é Amadís estaba, pensó que tanto ternia que hacer Amadís en aquello que de lo otro no ternia memoria, puesto que la toviere, que su gran poder no bastaria para socorrer á todas partes, segun con tan grandes hombres estaba resuelto; que este caballero era el mayor entrevalo que él fallaba. E sabiendo la partida de la reina Briolanja, como tan desacompañada fuese, que en toda su nao no llevaba veinte hombres de pelea, é ninguno dellos de mucha afrenta, salió luego de un castillo muy fuerte, que de su padre Abiseos le habia quedado, del cual, é no de mas, era señor cuando á su hermano el Rey mató, é fué por causa de sus amigos; é no les diciendo el caso, allegó fasta cincuenta hombres bien armados é algunos ballesteros é archeros, é guarneciendo dos navíos, se metió á la mar con intencion de prender la Reina, é con ella sacar gran partido, é si tal tiempo viesse, le tomar todo el reino. E sabiendo la via que llevaba, una tarde le salió á la delantera sin sospecha que dél se toviere, é como de lejos los de la nao viesen aquellos dos navíos, dijéronlo á la Reina, é salieron luego don Cuadragante é Brian de Monjaste al bordo de la nao, é vieron cómo derechamente venian contra ellos, é hicieron armar esos que ende estaban, y ellos se armaron é no curaron sino ir su camino, é así los otros que venian llegaron tan cerca, que bien se podia oír lo que dijiesen.

Entonces Trion dijo en una voz alta: «Caballeros que en esa nao venis, decid á la reina Briolanja que está aquí Trion, su primo, que la quiere hablar, y que mande á los suyos que se no defiendan; si no, que uno dellos no escapará de ser muerto.» Cuando la Reina esto oyó hobo gran miedo y espanto, é dijo: «Señores, este es el mayor enemigo que yo tengo, é pues agora se atrevió á hacer esto, no es sin gran causa é sin gran compañía.» Don Cuadragante le dijo: «Mi buena señora, no temádes nada, que placiendo á Dios, muy presto será castigado de su locura.» Entonces mandó á uno que le dijese que si él solo queria entrar donde la Reina estaba, que de grado lo recibirian. E dijo él: «Pues así es, yo la veré, mal su grado é de todos vosotros.» Entonces mandó á un caballero criado de su padre que con la una nao acometiese la nao por la otra parte, y que punase de la entrar, y él así lo hizo. Como don Brian de Monjaste los vió apartar dijo á don Cuadragante que tomase de aquella gente la que le pluguiese, é guardase la una parte, y que él con la otra defenderia la otra parte, é así lo hicieron; que don Cuadragante quedó á la parte donde Trion queria combatir, é Brian de Monjaste á la del otro caballero. Don

Cuadrágante mandó á los suyos que estoviesen delante, y él quedó lo mas encubierto que pudo tras ellos, é dijoles que si Trion quisiese entrar, que gelo no estorbasen. Estando así el negocio, la nao fué acometida por ambas partes é muy reciamente, porque los que la combatian sabian muy bien cómo ella no habia defensa ni peligro para ellos; que de los caballeros de la ínsola Firme ninguna cosa sabian. E como llegaron, Trion, con la soberbia grande que traía, é la gana de acabar su hecho, en llegando saltó en la nao sin ningun recelo, é la gente de la Reina se comenzó á retraer, como les era mandado. Don Cuadrágante, como dentro lo vió, pasó por los suyos, é como era muy grande de cuerpo, como la historia vos lo ha contado en la parte segunda, é le vió Trion, así conoció que aquel no era de los que él sabia; pero por eso no perdió el corazón, antes se fué para él con mucho denuedo, é diéronse tan grandes golpes por cima de los yelmos, que el fuego salia dellos é de las espadas, mas, como don Cuadrágante era de mayor fuerza é le dió á su voluntad, fué Trion tan cargado del golpe, que la espada se le cayó de la mano, é cayó de rodillas en el suelo, é don Cuadrágante miró, é vió cómo los contrarios entraban en la nao á mas andar, é dijo á los suyos: «Tomad este caballero.»

Entonces pasó á los otros, é al primero que delante sí falló dióle por cima de la cabeza tan gran golpe, que no hobo menester maestro; los otros cuando vieron preso á su señor, é aquel caballero muerto, é los grandes golpes que don Cuadrágante daba á unos é á otros, punaron cuanto podieron por se tornar á su nao, é con la priesa que don Cuadrágante é los suyos les dieron, algunos se salvaron, é otros murieron en el agua; así que, en poca de hora fueron todos vencidos y echados de la nao, que ya como suya tenían. Entonces miró á la otra parte donde Brian se combatía, é vió cómo estaba dentro en la nao con los enemigos, é que facia gran estrago en ellos, y envióle de los que él tenia que le fuesen ayudar, y él quedó con los otros atendiendo á los contrarios, si le querian acometer. E con esta ayuda que á don Brian le llegó é con los que él tenia, muy prestamente fueron todos vencidos, porque aquel caballero su capitán fué allí muerto; é vieron cómo la nao de Trion se apartaba como cosa vencida. Entonces los que estaban vivos demandaban merced; é don Brian mandó que ninguno muriese, pues que se no defendian, é así se hizo, que los tomaron presos y se apoderaron de la nao. La reina Briolanja en toda esta revuelta estuvo metida en su cámara con todas sus dueñas é doncellas, rogando á Dios, fincadas de rodillas, que las guardase de aquel peligro, é á aquellos caballeros que la ayudaban é defendian. Así estando, llegó uno de los suyos é dijo: «Señora, salid fuera é veréis cómo Trion es preso é toda su compañía mal trecha y desbaratada; que estos caballeros de la ínsola Firme han hecho grandes maravillas de armas, las cuales ningunos podieran hacer.» Cuando la Reina esto oyó fué tan alegre como podeis pensar, é alzó las manos é dijo: «Señor Dios todopoderoso, bendito vos seais porque en tal tiempo é por tal aventura me trajistes á estos caballeros; que de Amadís é sus amigos no me puede venir sino toda buena ventura.» E salida de la cámara, vió cómo los suyos

tenian preso á Trion, é que don Cuadrágante guardaba que los enemigos no llegasen combatir; é vió cómo la nao que don Brian de Monjaste habia ganado estaban los suyos apoderados della, y llegóse á don Cuadrágante é dijole: «Mi señor, mucho gradezco á Dios é á vos lo que por mí habeis fecho, que ciertamente yo estaba en gran peligro de mi persona é de mi reino. «El le dijo: «Mi buena señora, veis ende á vuestro enemigo, mandad dél facer justicia.» Trion cuando esto oyó no estuvo seguro de la vida, é fincó los hinojos ante la Reina é dijo: «Señora, demádoos merced que no muera, é mirad á vuestra gran medida é que soy de vuestra sangre, é si os he enojado, algun tiempo vos lo podré servir.» Como la Reina era muy noble, hobo piedad dél é dijo: «Trion, no por lo que vos mereceis, mas por lo que á mí toca, yo os seguro la vida fasta que mas con estos caballeros sobre ello vea.» E mandó que lo metiesen en su cámara é lo guardasen. Así estando, don Brian de Monjaste se vino á la Reina, y ella lo fué abrazar é dijole: «Mi buen señor, ¿qué tal venis?» El le dijo: «Señora, muy bueno é mucho alegre de haber vivido tal dicha que en alguna cosa os podiese servir; una ferida trayo, mas merced á Dios, no es peligrosa.»

Entonces mostró el escudo, é vieron cómo una saeta gelo habia pasado con parte del brazo en que lo tenia. La Reina con las sus hermosas manos gela quitó lo mas paso que pudo, y le ayudó á desarmar, é curárongela como otras muchas veces otras mayores le habian curado; que sus escuderos, así dél como de todos los otros caballeros andantes, siempre andaban apercebidos de las cosas que para de presto eran necesarias á las heridas. Todos fueron muy alegres de aquella buena dicha que les vino, é cuando quisieron ir tras la nao de Trion, vieron cómo iba muy léjos, é dejáronse della. E alzaron sus velas é fuéronse su camino derechamente á la ínsola Firme sin ningun entevalo que les viniese. Acaesció pues que á la hora que ellos al puerto llegaron, que Amadís é todos los mas de aquellos señores andaban en sus palafrenes holgando por una gran vega que debajo de la cuesta del castillo estaba, como otras muchas veces lo hacian; é como viesan aquellas fustas al puerto llegar, fuéronse hácia allá por saber cómo fuesen, y llegando á la mar, hallaron los escuderos de don Cuadrágante y de don Brian de Monjaste, que salian de un batel é iban á les hacer saber su venida, é de la reina Briolanja, porque la saliesen á recibir; é como vieron á Amadís é aquellos caballeros, dijéronles el mandado de sus señores, con que muy alegres fueron, y llegóse todos á la ribera de la mar, é los otros desde la nao se saludaron con mucha risa é gran alegría, é don Brian de Monjaste les dijo: «¿Qué vos parece cómo venimos mas ricos que de aquí fuimos? No lo habeis así fecho vosotros, sino estar encerrados como gente perdida.» Todos se comenzaron á reir, y le dijeron que, pues tan ufano venia, que mostrase la ganancia que habia fecho. Entonces echaron en la mar una barca asaz grande, y entraron en ella la Reina y ellos ambos, y otros hombres que los posieron en tierra, é todos aquellos caballeros se apearon de sus palafrenes, é fueron á besar las manos á la Reina, mas

ella no las quiso dar, antes los abrazó con mucho amor. Amadís llegó á ella, é quiso besar las manos, mas cuando lo vió tomóle entre sus muy hermosos brazos, é así lo tuvo un rato, que le nunca dejó, é las lágrimas le vinieron á los ojos, que le caian por sus muy hermosas faces con el placer que hobo en lo ver, porque desde la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Cildadan, que lo vió en Fenusa, aquella villa donde el Rey estaba, no lo habia visto, é aunque ya su pensamiento fuese apartado de pensar de lo haber por casamiento, é ninguna esperanza dello toviese, este era el caballero del mundo que ella mas amaba, é por quien ante ponía su persona y estado en peligro de lo perder; é cuando le dejó no le pudo hablar: tanto estaba turbada de la gran alegría.

Amadís le dijo: «Señora, muchas gracias á Dios doy, que me trajo donde os podiese ver, que mucho lo deseaba, é agora mas que en otro tiempo, porque con vuestra vista daréis mucho placer á estos caballeros, é mucho mas á vuestra buena amiga la princesa Oriana, que creo que ninguna persona le podiera dar que tanta alegría le diese como vos, mi buena señora, le daréis.» Ella respondió é dijo: «Mi buen señor, por eso partí yo de mi reino, principalmente por vos ver, que era la cosa del mundo que yo mas deseaba; é Dios sabe la congoja que fasta aquí he tenido en pasar tan largo tiempo sin que de vos, mi señor, yo pudiese saber ningunas nuevas, aunque mucho lo he procurado; é agora, cuando mi mayordomo me dijo de vuestra ventura y me dió vuestra carta, luego pensé, dejando todo lo que mandastes á buen recaudo, de me venir á vos é á esta señora que decís, porque agora es tiempo que sus amigos y servidores me muestren el deseo é amor que le tienen. Mas si no fuera por Dios é por estos caballeros que por gran ventura conmigo juntó, mucho peligro de mi persona podiera pasar en este viaje, lo cual ellos dirán quién y cómo lo remedió por su gran esfuerzo, y esto quedé para mas espacio.» Despues que la Reina salió salieron todas sus dueñas é doncellas é caballeros, é sacaron las bestias que traian, é para la Reina un palafren tan guarnido, como á tal señora convenia, é cabalgaron todos é todas, é fuéronse al castillo donde Oriana estaba, la cual, como su venida supo, hobo tan gran placer, que fué cosa extraña, é rogó á Mabilia é á Grasinda é á las otras infantas que á la entrada de la huerta la saliesen á recibir, y ella quedó con la reina Sardamira en la torre. Cuando la reina Sardamira vió el placer que todos mostraban con las nuevas que les trujeron, dijo á Oriana: «Mi señora, ¿quién es esta que viene, que tanto placer ha dado á todos?» Oriana le dijo: «Es una reina la mas hermosa, así de su parecer como de su fama, que yo en el mundo sé, como agora la veréis.» Cuando la reina Briolanja llegó á la puerta de la huerta, é vió tantas señoras é tan bien guarnidas mucho fué maravillada, é hobo el mayor placer del mundo por haber allí venido, é volvióse contra aquellos caballeros é dijoles: «Mis buenos señores, á Dios seais encomendados, que aquellas señoras quitanme que no quiera vuestra compañía mas.» E riendo muy fermoso, se hizo apearse, y se metió con ellas, é luego la puerta fué cerrada. Todas vinieron á ella y la saludaron con

mucha cortesía. E Grasinda fué mucho maravillada de su fermosura é gran apostura; é si á Oriana no hobiera visto, que esta no tenia par, bien creyera que en el mundo no habia mujer que tan bien como aquella pareciese.

Así la llevaron á la torre donde Oriana estaba, é cuando se vieron fueron la una á la otra, los brazos tendidos, é con mucho amor se abrazaron. Oriana la tomó por la mano é llevóla á la reina Sardamira, é dijole: «Reina, señora, hablad á la reina Briolanja é facelde mucha honra, que bien lo merece.» Y ella lo hizo; que con gran cortesía se saludaron, guardando cada una dellas lo que á sus reales estados convenia. E tomando á Oriana en medio, se asentaron en su estrado, é todas las otras señoras al derredor dellas. Oriana dijo á la reina Briolanja: «Mi buena señora, gran cortesía ha sido la vuestra en me venir á ver de tan léjos tierra, é mucho vos lo gradezco, porque tal camino no se pudo hacer sino con sobra de mucho amor.—Mi señora, dijo la Reina, á gran desconocimiento é á muy mal comedimiento me debiera ser contado si en este tiempo en que estáis no diese á entender á todo el mundo el deseo que tengo de vuestra honra y de crescer vuestro estado; especialmente seyendo este cargo tan principal de Amadís de Gaula, á quien yo tanto amo é debo, como vos, mi señora, sabeis. E cuando esto sope de Tantiles, que aquí se falló, luego mandé apercebir todo mi reino que vengan á lo que él mandare; é parecióme que entre tanto debia hacer este camino para vos acompañar y ver á él, que mucho deseaba ver, mas que á ninguna persona deste mundo, y estar, mi señora, con vos hasta que vuestro negocio se despache, que á nuestro Señor plega que sea como vos lo deseais.—Así le plega á él, dijo Oriana, por su santa piedad; y esperanza tengo que don Cuadrágante é don Brian de Monjaste traerán algun asiento con mi padre.» Briolanja, que sabia la verdad, que ninguno traian, no gela quiso decir. Así estovieron hablando gran pieza en las cosas que más placer les daban; é cuando fué hora de cenar, la doncella de Denamarca dijo á Oriana: «Acuérdeseos, Señora, que la Reina viene de camino y querrá cenar é descansar, y es ya tiempo que os paseis á vuestro aposentamiento y la lleveis con vos, pues es vuestra huésped.» Oriana le preguntó si estaba todo aderezado; ella dijo que sí. Entonces tomó á la reina Briolanja por la mano, é despidióse de la reina Sardamira é de Grasinda, las cuales se fueron á sus aposentamientos, é fuése con ella á su cámara, mostrándole mucho amor. E desde fueron llegadas, Briolanja preguntó quién era aquella tan bien guarnida y hermosa dueña que cabe la reina Sardamira estaba. Mabilia le dijo cómo se llamaba Grasinda, y que era muy noble dueña é muy rica, é dijole la causa por qué habia venido á la corte del rey Lisuarte, é la grande honra que allí Amadís le hizo ganar, é la honra que ella le hizo, no le conociendo; é contóle muy por extenso todo lo que habia pasado con Amadís, que ella mucho amaba, llamándose el caballero de la Verde Espada, é cómo llegó al punto de la muerte cuando mató al Endriago, y le sanó un maestro que esta dueña le dió, el mejor que en gran tierra se podría fallar; todo gelo contó, que no faltó ninguna cosa.

Cuando la Reina esto oyó dijo: «Mezquina de mí, ¿por qué ante no lo sope, que llegó á me hablar, é pásé por ella muy livianamente? Pero remedio habrá; que aunque su merecimiento no lo mereciese, solo por haber fecho tanta honra con tanto provecho á Amadís, soy yo mucho obligada de la honrar é facer placer todos los dias de mi vida, porque, despues de Dios, no tengo yo otro reparo de mis trabajos, ni que á mi corazon contentamiento dé, sino este caballero; y en cenando la mandad llamar, porque quiero que me conozca.» Oriana dijo: «Reina, mi amiga, no sola sois vos la que por esta causa honrar la debe, que veisme á mí aquí, que si por ese caballero que habeis dicho no fuese, yo sería hoy la mas perdida y desventurada mujer que nunca nació, porque estaría en tierras extrañas con tanta soledad, que me no fuera sino la muerte, y desheredada de aquello de que Dios me hizo señora; é como ya habeis sabido, este noble caballero, socorredor é amparador de los corridos, sin á ello le mover otra cosa sino su noble virtud, se ha puesto en esto que veis porque mi justicia sea guardada.—Amiga señora, dijo la Reina, no fablemos en Amadís, que este nació para semejantes cosas; que así como Dios lo extremó é apartó en gran esfuerzo de todos los del mundo, así quiso que fuese en todas las otras bondades é virtudes.» Pues asentadas á la mesa, fueron de muchos manjares é diversos servidas, así como convenia á tan grandes princesas, é hablando en muchas cosas que les agradaba; é desque hobieron cenado, mandaron á la doncella de Denamarca que fuese por Grasinda y le dijese que la Reina la queria hablar. La doncella así lo fizo, é Grasinda vino luego con ella, é cuando entró donde ellas estaban, la reina Briolanja la fué abrazar é dijole: «Mi buena amiga, perdonadme, que no sope quién érades cuando aquí vine; que si lo sopiera, con mas amor é aficion os recibiera, porque vuestra virtud lo merece; é por la grande honra é buena obra que de vos Amadís recibió, somos sus amigos mucho obligados á vos lo agradecer; é de mí vos digo que nunca en tiempo seré que lo pueda pagar que lo no haga, porque aunque de lo mio lo dé, de lo suyo le doy; que todo lo que yo tengo es suyo, é por suyo lo tengo.—Mi buena señora, dijo Grasinda, si alguna honra hice á este caballero que decis, yo soy tan satisfecha é contenta dello, como nunca persona lo fué de persona á quien placer hobiese fecho; é lo que me decis agradezco yo mucho mas á vuestra virtud que á la deuda en que él me sea, que ploguiese á Dios que lo demás en que él me ha pagado lo que de mí recibió me dé lugar á que yo gelo sirva.» Entonces Mabilia le dijo: «Mi buena señora, decidnos si vos ploguiere, cómo hobistes conocimiento de Amadís, é por qué eausa en vos halló tan buen acogimiento, pues que lo no conocíades ni sabíades su nombre.»

Ella gelo contó todo, como la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta. E mucho rieron de Brandasidel, el que fizo ir en el caballo cabalgando á viesas, la cola en la mano; é dijoles cómo lo habia tenido mal llagado en su casa algunos dias, é cómo antes que en aquella tierra fuese habia oido decir dél muy grandes y extrañas cosas en armas que habia fecho por todas las insolas de Romanía é de Alemaña, donde todos los que

las sabian eran maravillados de cómo por un solo caballero fueron tales cosas tan peligrosas acabadas, é de los tuertos é grandes agravios que habia emendado por muchas dueñas é doncellas é otras personas que su ayuda é acorro hobieron menester, é cómo lo habia conocido por el enano é por la verde espada que traía, cuyo nombre él se llamaba. E asimesmo les contó toda la batalla que con don Garadan hobo, é la que despues pasó con los otros once caballeros, é que por los vencer quitó al rey de Bohemia de muy cruda guerra con el emperador de Roma; é otras muchas cosas les contó que dél en aquellas partes habia sabido, que serian largas de escribir; y entonces les dijo: «Por estas cosas que dél oía, é por lo que dél vi en presencia, quiero, señoras, que sepais lo que conmigo mesma me aconteció. Yo fui tan pagada dél é de sus grandes hechos, que como quiera que yo fuese para en aquella tierra asaz rica é gran señora, y él anduviese como un pobre caballero, sin que dél mas noticia hobiese sino lo dicho, toviera por bien de lo tomar en casamiento; é pensara yo que en tener á persona ninguna reina de todo el mundo me fuera igual. E como le vi tan mesurado é con grandes pensamientos é congojas; é sabiendo la fortaleza de su corazon, sospeché que aquello no le venia sino por causa de alguna mujer que él amase; é por mas me certificar fablé con Gandalin, que me pareció muy cuerdo escudero, y preguntélelo; y él, conociendo dónde mi pensamiento tiraba, por una parte me lo negó, é por otra me dió á entender que no sería su cuita por al sino por alguna que amase; é bien vi yo que lo dijo porque me quitase de aquel pensamiento é no procediese mas adelante, pues que dello no habria fruto ninguno. Yo gelo gradeci mucho, é de aquella hora adelante me aparté de mas pensar en ello.» Briolanja, cuando esto le oyó, miró contra Oriana riendo, é dijole: «Mi señora, paréceme que este caballero, por mas partes que yo pensaba anda sembrando esta dolencia, é acuérdeselos lo que os hobe dicho en este caso en el castillo de Miraflores.—Bien se me acuerda, dijo Oriana.» Esto fué que la reina Briolanja yendo á ver á Oriana á este castillo de Miraflores, como el segundo libro lo dice, le dijo casi otro tanto que con Amadís le habia acaecido. Pues así en aquello como en otras cosas estovieron hablando hasta que fué hora de dormir, é Grasinda se despidió dellas, y se tornó á su cámara, y ellas quedaron en la suya, é á la reina Briolanja hicieron en la cámara de Oriana una cama cabe la suya, porque ella é Mabilia dormian juntas; é allí se echaron á dormir, donde aquella noche descansaron é folgaron.

## CAPITULO XVII.

De la embajada que don Cuadrágante é Brian de Monjaste trajeron del rey Lisuarte, é lo que todos los caballeros é señores que allí estaban acordaron sobre ello.

Otro dia de mañana todos aquellos nobles señores é caballeros se juntaron á oír misa, é á la embajada que don Cuadrágante é don Brian de Monjaste del rey Lisuarte traian. E la misa oída, estando allí todos juntos, don Cuadrágante les dijo: «Buenos señores, nuestro mensaje é la respuesta dél fué tan breve, que vos no

podemos decir otra cosa sino que debeis dar gracias á Dios porque con mucha justicia é razon, é ganando gran prez é fama, podeis experimentar la virtud de vuestros nobles corazones; que el rey Lisuarte no quiere otro medio sino el rigor.» E con esto les dijo todo lo que con él habian pasado; é cómo sabian cierto que enviaba al emperador de Roma é á otros sus amigos. Agrájes, á quien nada desto pesaba, aunque por el mandado é ruego de Oriana hasta allí mucho se templase, dijo: «Por cierto, buenos señores, yo tengo creído que, segun el estado en que este negocio está, que muy mas dificultoso sería buscar seguridad para esta princesa é para la fama de nuestras honras que remedio para esta guerra; é fasta aquí, porque ella con gran afición me mandó é rogó que en lo que pudiese templase vuestras sañas é la mia, me he excusado de hablar tanto como mi corazon deseaba; pero agora, que se sabe el cabo de su esperanza, que era pensar que con el Rey su padre se podría tomar algun medio, é no se halla, yo quedo libre de lo que mas por la servir que por mi voluntad le habia prometido; é digo, señores, que en cuanto á lo que queréis é gana toca, que soy mucho mas alegre de lo que traéis que si el rey Lisuarte otorgara lo que de nuestra parte le pedistes; porque pudiera ser que, so color de paz é concordia, se posiera con nosotros en contrataciones cautelosas donde pudiéramos rescibir algun engaño, porque el rey Lisuarte y el Emperador, como poderosos, con poca pena podieran muy presto llegar sus gentes, lo que nosotros así no pudiéramos hacer, por cuanto las nuestras han de venir de muchas partes é muy lueñas tierras; é aunque el peligro de nuestras personas, por estar en esta fortaleza tan fuerte, fuera seguro é sin daño, haciéndonos alguna sobra, no lo fuera el de nuestras honras. Y por esto, señores, tengo por mejor la guerra conocida que los tratos é concordia simulada, pues que por ello, como he dicho, á nosotros mas que á ellos daño venir podría.» Todos dijeron que decia gran verdad, é que luego se debía poner recaudo en que la gente viniese, é darle la batalla dentro en su tierra. Amadís, que muy sospechoso estaba, é con gran recelo que la concordia por alguna manera se podría hacer, é habria de entregar á su señora, é aunque su honra della é la de todos ellos se asegurase é guardase por entero, que el deseo de su cuitado corazon quedaba en tanta extremidad de dolor é tristeza, poniéndola en parte donde la ver no pudiese, que sería ya imposible de poder sostener la vida; cuando oyó lo que los mensajeros traian é lo que su cohermano Agrájes dijo, aunque del mundo todo le hicieran señor, no le ploguiera tanto, porque ninguna afrenta ni guerra ni trabajo no lo tenia en nada en comparacion de tener á su señora como la tenia, é dijo: «Señor primo, siempre vuestras cosas han sido de caballero, é así las tienen todos aquellos que vos conocen; é mucho debemos agradecer á Dios los que de vuestro linaje é sangre somos por haber echado entre nosotros caballero que en las afrentas tal recaudo de su honra, y en las cosas de consejo con tanta discrecion la acreciente. E pues que así vos como estos señores vos habeis determinado en lo mejor, á mí excusado será sino seguir lo que vuestra voluntad é suya fuere.»

Angriote de Estravaus, como era un caballero cuerdo é muy esforzado, é que mucho é lealmente á Amadís amaba, bien conoció que aunque no se adelantaba á hablar é se remitía á la voluntad de todos, que bien le placía de la discordia; y esto mas lo atribuía él á su gran esfuerzo, que no se contentaba sino con las semejantes afrentas, que aquello era, que no otra cosa alguna que dél sopiese, dijo: «Señores, á todos debe placer con lo que vuestros mensajeros trajeron é con lo que Agrájes dijo, porque aquello es lo cierto é seguro; pero dejando lo uno é otro aparte, digo, señores, que la guerra nos es mucho mas honrosa que la paz, y porque las cosas que para esto podría decir son tantas, que diciéndolas mucho enojo vos daría solamente quiero traerlos á la memoria que de que fuistes caballeros hasta agora, siempre vuestro deseo fué buscar las cosas peligrosas y de mayores afrentas, porque vuestros corazones con ellas extremadamente de los otros fuesen ejercitadas, é ganasen aquella gloria que por muchos es deseada, é alcanzada por muy pocos; pues si esto con mucha afición é aflicion de vuestros ánimos es procurado, ¿cuándo ni en cualquier tiempo de los pasados tan complidamente lo alcanzastes como en el presente? que por cierto, aunque en cualidad deste á muchas dueñas é doncellas hayais socorrido, en cantidad no es en memoria que por vosotros ni por vuestros antecesores haya sido otro semejante alcanzado, ni aun será en los venideros tiempos, sin que muchos dellos pasen. Y pues que la fortuna ha satisfecho nuestro deseo tan complidamente, dando causa que así como nuestros ánimos en el otro mundo son inmortales, lo sean vuestras famas en este en que vivimos, póngase tal recaudo como lo que ella á ganar nos ofrece por nuestra culpa é negligencia no se pierda.» Habido por bueno todo lo que estos caballeros dijeron, é poniendo en obra su parecer, acordaron de enviar luego á llamar toda la gente de su parte, y con esto se fueron á comer.

Y deja la historia por agora de hablar dellos, é torna á los mensajeros que habian enviado, como dicho es, é la historia lo ha contado.

## CAPITULO XVIII.

Cómo el maestro Elisabat llegó á la tierra de Grasinda, é de allí pasó al emperador de Constantinopla con el mandado de Amadís, é de lo que con él recaudó.

Dice la historia que el maestro Elisabat andovo tanto por la mar hasta que llegó á la tierra de Grasinda, su señora, é allí mandó llamar á todos los mayores del señorío, é mostróles los poderes que della traía, é rogóles muy afincadamente que luego aquello se compliese; los cuales con gran voluntad le respondieron que todos estaban prestos para lo cumplir mucho mejor que si ella presente estoviese; é luego dieron orden cómo se ficiese gente de caballo é ballesteros, é archeros é otros hombres de guerra, é se aderezasen muchas fustas, é otras se ficiesen de nuevo. E como el maestro vió el buen aparejo, dejó para el recaudo dello á un caballero su sobrino, mancebo, que Libeo se llamaba; é rogándole que con mucho cuidado en ello trabajase, se metió á la mar é se fué al emperador de Constantinopla;

é como llegó se fué al palacio, é dijéronle cómo estaba hablando con sus hombres buenos. El maestro entró en la sala é llegó á besar las manos, las rodillas en el suelo; y el Emperador lo recibió benignamente, porque de antes lo conocía é tenía por buen hombre. El maestro le dió la carta de Amadís, é como el Emperador la leyó, mucho fué maravillado que el caballero de la Verde Espada fuese Amadís de Gaula, á quien grandes días mucho había deseado conocer, por las cosas extrañas que muchos de los que le habían visto le dijeran dél, é dijole: «Maestro, mucho soy quejoso de vos, si soplites el nombre deste caballero é no me lo dijistes, porque corrido estoy que hombre de tan alto estado é linaje, é tan sonado por todo el mundo, á mi casa viniese, é no recibiese en ella la honra que él merecía, sino solamente como un caballero andante.» El maestro le dijo: «Señor, yo juro por las órdenes que tengo, que hasta que él se dejó de llamar el caballero Griego y se hizo conocer á Grasinada, mi señora, é á nosotros todos, nunca sope que él fuese Amadís. — ¡Cómo! dijo el Emperador. ¿El caballero Griego se llamó despues que de aquí fué?» El maestro le dijo: «¿Luego, Señor, no han llegado á vuestra corte las nuevas de lo que hizo llamándose el caballero Griego? — Ciertamente, dijo el Emperador, nunca lo oí, si agora no. Pues oiréis grandes cosas, dijo él, si á la vuestra merced pluguiere que las diga. — Mucho lo tengo por bien, dijo el Emperador, que lo digais.»

Entonces el maestro le contó de cómo, despues que de allí habían partido, llegaron donde su señora Grasinada estaba, é cómo por el don que el caballero de la Verde Espada la había prometido la llevó por la mar á la Gran Bretaña, é por cuál razon, é cómo ante que allá llegase, mandó que lo no llamasen sino el caballero Griego; é las batallas que en la corte del rey Lisuarte hizo con Salustanquidio é los otros dos caballeros romanos que contra él habían tomado la batalla por las doncellas, é cómo los venció tan ligeramente; é asimismo le contó las grandes soberbias que los romanos ante que á la batalla saliesen decían, é cómo dijeron al rey Lisuarte que á ellos les diesen aquella empresa contra el caballero Griego, que en sabiendo que se había de combatir con ellos, no les osaría esperar, porque los griegos temían como al fuego los romanos; é también le contó la batalla de don Grumedan, é cómo el caballero Griego le dejó allí dos caballeros sus amigos, é cómo vencieron á los tres romanos; todo gelo contó, que no faltó nada, así como aquel que presente había sido á todo ello. Todos cuantos allí estaban fueron mucho maravillados de tal bondad de caballero, é muy alegres de cómo había quebrantado la gran soberbia de los romanos con tanta deshonra suya. El Emperador le estuvo loando mucho é dijo: «Maestro, agora me decid la creencia; qué vos yo oiré.» El maestro le dijo todo el negocio del rey Lisuarte y de su hija, é por cuál causa fué tomada en la mar por Amadís é por aquellos caballeros, é las cosas que los naturales del reino habían pasado con el rey Lisuarte, é de cómo Oriana se había enviado á quejar á todas partes de aquella tan gran sinjusticia que el Rey su padre con tanta crueldad le hacía, desheredándola sin ninguna causa de un reino tan grande é tan honrado,

donde Dios la había hecho heredera; é cómo, no curando de conciencia ni usando de ninguna piedad, queriendo heredar en sus reinos otra hija menor, la entregó á los romanos con muchos llantos é dolores, así della como de todos cuantos la veían, é cómo sobre estas quejas é grandes clamores de aquella princesa se juntaron muchos caballeros andantes de gran linaje é de muy alto hecho de armas, de los cuales le contó todos los nombres de los mas dellos, é cómo allí en la insola Firme los había fallado Amadís, que desto nada no sabía. E allí él con ellos hobieron consejo de cómo esta princesa fuese socorrida, é ante ellos no pasase tan gran fuerza como aquella; que si era verdad que ellos fuesen obligados á reparar las fuerzas que á las dueñas é doncellas se hacían, é por ellas habían sufrido hasta allí muchos afanes é peligros, que mucho mas les obligaba aquella tan señalada é tan manifiesta á todo el mundo; é que si aquella no socorriesen, que no solamente perdían la memoria del socorro é amparo que á las otras habían hecho, mas que quedaban deshonrados para siempre, é no les cumplía parecer donde hombres buenos hobiese.

E contóle cómo fué la flota por la mar, é la gran batalla que con los romanos hobieron, é cómo al cabo fueron vencidos, é muerto Salustanquidio, el primo del Emperador, é preso Brondajel de Roca y el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, é los otros presos é muertos; é cómo llevaron aquella princesa con todas sus dueñas é doncellas é la reina Sardamira á la insola Firme, y que desde allí habían enviado mensajeros al rey Lisuarte, requiriéndole é rogándole que dejando de hacer tan gran crueldad é sinjusticia á su hija, la quisiese tornar á su reino sin rigor ninguno; é que dando tal seguridad cual en tal caso convenía, á vista de otros reyes gela enviarían luego con todo el despojo é presos que habían tomado. Y que lo que él de parte de Amadís le suplicaba era, que si caso fuese que el rey Lisuarte no se quisiese llegar á lo justo, estando todavía en su mal propósito de no querer dél salir, y el emperador de Roma viniese en su ayuda con gran juntamiento de gentes contra ellos, que á su merced como á uno de los mas principales ministros de Dios que en la tierra había dejado para mantener justicia; cuanto mas ser tan conocido este tan grande agravio que á esta tan virtuosa princesa se le hacía, que muy justa causa era de ser dél socorrida, é allende desto, dar algun socorro á aquel noble caballero Amadís para apremiar á los que á la justicia no quisiesen, é ayudase á que no pasase tan gran fuerza é tuerto como en aquello se hacía, y que, demás de servir á Dios en ello é hacer lo que debía, Amadís é todo su linaje y amigos le serían obligados á gelo servir todos los días de su vida. Cuando esto todo oyó el Emperador, bien vió que el caso era grande é de gran fecho, así por ser de la cualidad que era, como porque sabía la gran bondad del rey Lisuarte, y en cuanto su honra é fama siempre había tenido, é también porque conocía la soberbia del emperador de Roma, que era mas hecho á su voluntad que seguir seso ni razon, é bien creyó que esto no se podía curar sino con gran afrenta, y en mucho lo tovo; pero considerando la gran justicia que aquellos caballeros tenían,

é cómo Amadís había venido de tan lueña tierra á ver, é le había dado palabra, aunque liviana fuese, é no dicha á aquella parte que la él tomó, quiso mirar á su grandeza, acordándose de algunas soberbias que el emperador de Roma en algunos tiempos pasados le había hecho; é respondió al maestro Elisabat é dijole: «Maestro, grandes cosas me habeis dicho, é de tan buen hombre como vos sois todo se puede é debe creer. Y pues que el esforzado Amadís ha menester mi ayuda, yo gela daré tan complidamente, que aquella palabra que él de mí tomó, aunque en alguna manera liviana pareciese, la halle muy verdadera é muy cumplida, como palabra de tan gran hombre como yo soy, dada á tan honrado caballero é tan señalado como él es, porque nunca en cosa me ofrecí que al cabo no acabase.» E todos cuantos allí estaban hobieron muy gran placer de lo que el Emperador respondió, é sobre todos, Gastiles, su sobrino, aquel que ya oistes que fué por Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada cuando mató al Endriago. E luego se fincó de rodillas ante el Emperador, su tío, é dijo: «Señor, si á la vuestra merced pluguiere mis servicios lo merecen, fágaseme por vos en la señalada merced, que sea yo enviado en ayuda de aquel noble é virtuoso caballero, que tanto ha honrado la corona de vuestro imperio.» El Emperador, cuando oyó esto; le dijo: «Buen sobrino, yo os lo otorgo, é así me place que sea, é desde agora vos mando á vos é al marqués Saluder que tomeis cargo de guarnecer una flota que sea tal é tan buena como á la grandeza de mi estado requiere; porque en otra manera no me podría venir dello honra; é si fuere menester, vos y él iréis en ella é podréis dar batalla al emperador de Roma, como cumple.» Gastiles le besó las manos é gelo tovo en muy gran merced; é así como lo él mandó lo hicieron él y el Marqués. Cuando el maestro Elisabat esto vió, bien podréis pensar el placer que dello sintiera, é dijo al Emperador: «Señor, por esto que me habeis dicho os beso las manos de parte de aquel caballero, é por ser yo el que tal recaudo llevo, le beso los pies, é porque por el presente me queda mucho de hacer, sea la vuestra merced de me dar licencia, é si el emperador de Roma llegare su gente, pues que es hombre de muy gran sentimiento para semejantes casos; é si él las llegare, que asimismo por consiguiente vos mandeis llamar las vuestras, porque á un tiempo lleguen á los que esperaren.» El Emperador le dijo: «Maestro, id con Dios, é deso dejad á mí el cargo; que si menester será, allá veréis quién yo soy y en lo que á Amadís tengo.» Así el maestro se despidió del Emperador, é se tornó á la tierra de su señora Grasinada.

## CAPITULO XIX.

Cómo Gandalin llegó en Gaula é fabló al rey Perion lo que su señor le mandó, é la respuesta que hobo.

Sabed que Gandalin llegó en Gaula, donde con mucho placer fué recibido por las buenas nuevas que de Amadís llevaba, de quien mucho tiempo había que las no habían sabido; é luego apartó al Rey é dijole todo cuanto su señor le mandó que le dijese, así como ya oistes. E como este fuese un rey tan esforzado, que ninguna afrenta, por grande que fuese, temía, en es-

pecial tocando á aquel hijo que era un espejo luciente en todo el mundo, é que él tanto amaba, dijo: «Gandalin, esto que de parte de tu señor me dices se hará luego; é si ante que yo le vieres, dile que le no toviere por caballero si aquella fuerza dejara pasar, porque á los grandes corazones es dado las semejantes empresas; é yo te digo que si el rey Lisuarte no se quisiere llegar á la razon, que será por su daño; é cata que te mando que nada desto no digas á mi hijo Galaor, que aquí tengo muy doliente, tanto, que muchas veces le he tenido mas por muerto que por vivo, é aun agora tiene mucho peligro; ni á su compañero Norandel, que por le ver es aquí venido; que á él yo gelo diré.» Gandalin le dijo: «Señor, como mandais se fará, é mucho me place por ser dello casado; que yo no mirara en ello é pudiera errar. — Pues véte á lo ver, dijo el Rey, é dile nuevas de su hermano, é guarda no te sienta nada á lo que vienes.» Gandalin se fué á la cámara donde Galaor estaba, tan flaco é tan malo, que él fué maravillado de lo ver; é como entró fincó los hinojos por le besar las manos, é Galaor le miró, é conoció que era Gandalin, é las lágrimas le vinieron á los ojos con placer, é dijo: «Mi amigo Gandalin, tú seas bien venido; ¿qué me dices de mi señor é hermano Amadís?» Gandalin le dijo: «Señor, él queda en la insola Firme sano é bueno é con mucho deseo de vuestra vista, é no sabe, Señor, de vuestro mal, ni yo no lo sabía fasta que el Rey mi señor me lo dijo; que yo vine aquí con su mandado para le hacer saber á él é á la Reina su venida; é cuando él sepa el estado de vuestra salud, mucho pesar dello habrá, como de aquel á quien ama é precia mas que á persona de su linaje.» Norandel, que allí estaba, le abrazó, é le preguntó por Amadís qué tal venía, y él le dijo lo que había dicho á don Galaor, é les contó algunas cosas de las que en las insolas de Romanía y en aquellas extrañas tierras les habían acaecido. Norandel dijo á don Galaor: «Señor, razon es que con tales nuevas como estas tomeis esfuerzo é desecheis vuestro mal, porque vamos á ver aquel caballero, que si Dios me ayude, él es tal, que aunque por al no fuese sino por le ver, todos los que algo valen debrian tener en poco el trabajo de su camino, aunque muy largo fuese.»

Estando así hablando é preguntando Galaor é Gandalin muchas cosas, entró el Rey é tomó á Norandel por la mano, é hablando entre otras cosas, le sacó de la cámara, é cuando fueron donde el don Galaor no podiese oír el Rey le dijo: «Mi buen amigo, á vos conviene que luego os vayais á vuestro padre el Rey, porque, segun le sabido, os habrá menester, é á todos los suyos; é no vos empacheis en otras demandas, porque yo sé cierto que será muy servido con vuestra ida, é desto no digais nada á don Galaor, vuestro amigo, porque sería ponerle en gran alteracion, de que mucho daño venirle podría, segun su flaqueza.» Norandel le dijo: «Mi señor, detan buen hombre como vos sois no se debe tomar sino el consejo, sin mas preguntar la causa; porque cierto soy que así será como lo decis, é yo me despediré esta noche de don Galaor, é mañana entraré en la mar; que allí tengo mi fusta, que cada dia espera.» Esto hizo el Rey porque Norandel compliese lo que á su padre obli-

gado era, é tambien porque no viese que él mandaba aderezar su gente é apercebir sus amigos. Así estovieron aquel día mas alegres con don Galaor, por que lo él estaba con las nuevas de su hermano. Gandalin dijo á la Reina lo que Amadís la suplicaba, y ella le dijo que todo se haría como él lo enviaba á decir: «Mas, Gandalin, amigo, dijo la Reina, mucho estoy turbada de estas nuevas, porque entiendo que mi hijo estará en gran cuidado, é despues en gran peligro de su persona.—Señora, dijo Gandalin, no temais; que él habrá tanta gente, que el rey Lisuarte ni el emperador de Roma no le osen acometer.—Así plega á Dios,» dijo la Reina. Venida la noche, Norandel dijo á don Galaor: «Mi señor, yo acuerdo de me ir, porque veo que vuestra dolencia es larga, é para yo no aprovechar en ella, mejor será que en otras cosas entienda, porque, como vos sabeis, há poco que soy caballero, é no he ganado tanta honra como me sería menester para ser tenido entre los buenos por hombre de algun valor; é lo que supe de vuestro mal me estorbó de un camino en que estaba puesto cuando de casa de mi padre el Rey salí, é agora me conviene de ir á otra parte donde es menester mi ida, é Dios sabe el pesar que mi corazón siente en no poder andar en vuestra compañía. Mas, placiendo á Dios, en este comedio de tiempo en que yo cumpla lo que excusar no puedo, seréis mas mejorado, é yo terné cargo de me venir á vos, é irémos de consuno á buscar algunas aventuras.» Don Galaor, como esto oyó, sospiró con gran congoja, é díjole: «El dolor que yo, mi buen señor, siento en no poder ir con vos non lo sé decir; mas pues así place á Dios, no se puede al facer; é conviene que su voluntad se cumpla así como él quiere, é á Dios vais encomendado. E si caso fuere que vais al Rey vuestro padre é mi Señor, besalde las manos por mí, é decilde que quedo á su servicio, aunque mas muerto que vivo, como vos, Señor, védes.» Norandel se fué á su cámara, é muy triste por el mal de don Galaor, su leal amigo; é otro día de mañana oyó misa con el rey Perion, y despidióse de la Reina é de su hija, é de todas las dueñas é doncellas; é la Reina la encomendó á Dios, é su hija é todas las otras dueñas é doncellas le encomendaron á Dios, como aquellas que lo mucho amaban, é así entró luego en la mar. E aquí no cuenta cosa de que le acaeciese, sino que con muy buen tiempo llegó en la Gran Bretaña, é se fué donde el Rey su padre estaba, é fué así dél como de los otros todos muy bien rescebido, como buen caballero que él era.

## CAPITULO XX.

Cómo Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó con el mandado de su señor al marqués é á Branfil, é lo que con ellos fizo.

Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó adonde el Marqués estaba, é como le dijo el mandado de su señor á él é á Branfil, Branfil se congojó tanto por no se hallar en lo pasado con aquellos caballeros, é no haber sido en la tomada de Oriana, que se quería matar; é hincó los hinojos delante de su padre, é muy afincadamente le pidió por merced que mandase poner en obra lo que su hermano enviaba demandar. El Marqués, como era buen caballero é sabia la gran amistad que sus

hijos tenían con Amadís é con todo su linaje, de que gran honra y estima les crecía, díjole: «Fijo, no te congojes; que yo lo haré complidamente, y te enviaré, si menester es, con tanta buena compañía, que la tuya no sea la peor.» Branfil le besó las manos por ello, é luego se dió orden cómo la flota se aderezase é la gente para ella, que este marqués era muy gran señor é muy rico, é habia en su señorío muy buenos caballeros, é de otra gente de guerra mucha é bien armada.

## CAPITULO XXI.

De cómo Isanjo llegó con el mandado de Amadís al buen rey de Bohemia, y el gran recaudo que en él halló.

Isanjo, el caballero de la insola Firme, llegó al reino de Bohemia é dió la carta de Amadís é la creencia al rey Tafinor. No vos podrá hombre decir el placer que con él hobo cuando lo vió, é dijo: «Caballero, vos seais bien venido, é mucho agradezco á Dios este mensaje que me traeis, é por lo que se fará podréis ver con la voluntad que se recibe, é si vuestro camino es bien empleado.» E llamando á su fijo Grasador, le dijo: «Fijo Grasador, si yo soy obligado á tener conocimiento de las grandes ayudas é provechos que el caballero de la Verde Espada me fizo estando en el mi reino, tú lo sabes; que, demás de ser por él guardada é acrecentada la honra de mi real corona, él me quitó de la mas cruda é peligrosa guerra que nunca rey tovo, así por la tener con hombre tan poderoso como el emperador de Roma, como por él ser en sí mismo tan soberbio é fuera de toda razon, donde no se esperaba otro fin sino ser yo é tú perdidos é destruidos, é por ventura al cabo muertos; é aquel noble caballero que Dios por mi bien á mi casa trajo lo reparó todo á mi honra é de mi reino, como tú viste. E así, como testigo dello, te mando que veas esta carta que me envía, é lo que este caballero de su parte me ha dicho, é con toda diligencia te apareja para que aquel gran beneficio que de aquel caballero recibimos, de nosotros sea satisfecho; é sabe que este caballero se llama Amadís de Gaula, aquel de quien tales cosas, tan famosas, por todo el mundo se cuentan, é por no ser conocido se llamó el caballero de la Verde Espada.» Grasador tomó la carta é oyó lo que Isanjo le dijo, é respondió á su padre, diciendo: «¡Oh Señor! qué descanso tan grande recibe mi corazón en que aquel noble caballero haya menester el favor é ayuda de vuestro real estado, y en ver el conocimiento é agradecimiento que de las cosas pasadas é por él fechas vos, Señor, teneis; solamente queda para satisfacion de mi voluntad que á la merced vuestra plega que, quedando el conde Galtines para llevar la gente, si menester fuere, á mí me dé licencia con veinte caballeros que luego me vaya á la insola Firme, porque aunque en esta quistion algun atajo se dé, gran honra será para mí estar en compañía de tal caballería como ayuntada allí está.» El Rey le dijo: «Fijo, yo toviera por bien que esperaras á ver el fin desto, é llevaras aquel aparejo que á la honra mia é tuya convenia llevar; mas, pues así esto te place, hágase como lo pides, y escoge los caballeros que mas te placirá, é yo mandaré que luego sea aparejada una nao en que vayas, é á Dios plega de te dar tan buen viaje é tanto en honra de aquel noble

caballero, que con todo nuestro estado le paguemos la deuda que él con su persona sola nos dejó.» Esto se fizo luego, y este Grasador, infante heredero deste rey Tafinor de Bohemia, tomó consigo los veinte caballeros que le mas contentaron, é se metió á la mar; é fué su vía el camino de la insola Firme.

## CAPITULO XXII.

De cómo Landin, sobrino de don Cuadragante, llegó en Irlanda, é de lo que con la Reina recaudó.

Con el mandado de su señor llegó Landin, sobrino de don Cuadragante, en Irlanda, é secretamente habló con la Reina, é díjole el mandado de su señor; é como ella oyó tan gran revuelta é tan peligrosa, como quiera que sabia ser su padre el rey Abies de Irlanda, muerto por la mano de Amadís, como el primero desta historia lo cuenta, é siempre en su corazón aquel rigor y enemistad que en semejante caso se suele tener con él tuviese, consideró que mucho mejor era acorrer é poner remedio en los daños presentes que en los pasados que cuasi como olvidados estaban; é habló con algunos de quien se fiaba, é con ellos tovo tal manera, que sin que el Rey su marido lo supiese, don Cuadragante, su tío, fuese mucho ayudado, con intencion que, crecida la parte de Amadís, el rey Lisuarte seria destruido, é su marido el rey Cildadan con su reino salido de le ser sujeto é tributario. Pues así como os habemos contado, todas estas gentes quedaron apercebidas con aquella voluntad y deseo que se requiere tener á los vencedores. Mas agora deja la historia de hablar dellos por contar lo que los mensajeros del rey Lisuarte hicieron.

## CAPITULO XXIII.

De cómo don Guilan el cuidador llegó en Roma con el mandado del rey Lisuarte, su señor, é de lo que fizo en su embajada con el emperador Patin.

Don Guilan el cuidador andovo tanto por sus jornadas, que á los veinte días despues que de la Gran Bretaña partió, fué en Roma con el emperador Patin, el cual halló con muchas gentes é grandes aparejos para recibir á Oriana, que cada día esperaba, porque Salustanquidio, su primo, é Brondajel de Roca le habian escrito cómo ya lo tenían despachado, é que presto serian con él con todo recaudo, y estaba mucho maravillado cómo tardaban; é don Guilan entró así armado como venia, sino las manos é la cabeza, en el palacio, é fuése donde el Emperador estaba, é fínco los hinojos é besóle las manos, é dióle la carta que le llevaba, y el Emperador le conoció muy bien, que muchas veces le viera en casa del rey Lisuarte al tiempo que él allí estovo, cuando se volvió muy mal ferido del golpe que Amadís le dió de noche en la floresta, como el libro segundo desta historia lo cuenta, é díjole: «Don Guilan, vos seais muy bien venido; entiendo que venis con Oriana, vuestra señora; decidme dónde queda, é mi gente que la trae.—Señor, dijo él, Oriana é vuestra gente quedan en tal parte, donde á vos ni á ellos convenia.—¿Cómo es eso?» dijo el Emperador. Elle dijo: «Señor, leed esta carta, é cuando os ploguiere, deciros he á lo que vengo; que mucho hay mas de lo que pensar po-

deis.» El Emperador leyó la carta, é vió que era de creencia, é como en todas las cosas fuese muy liviano é desconcertado, sin mas mirar á otro consejo, le dijo: «Agora me decid la creencia desta carta delante de todos estos que aquí están; que me no podría mas sufrir.» Don Guilan le dijo: «Señor, pues así vos place, así sea. El Rey Lisuarte, mi señor, os face saber cómo Salustanquidio é Brondajel de Roca, é otros muchos caballeros con ellos, llegaron en su reino, é de vuestra parte le demandaron á su hija Oriana para ser vuestra mujer; y él, conociendo vuestra virtud é grandeza, aunque esta princesa fuese su derecha heredera é la cosa del mundo que él é la Reina su mujer mas amasen, por os tomar por fijo é ganar vuestro amor, contra la voluntad de todos los de sus reinos, gela dió con aquella compañía é atajos que á la grandeza de vuestro estado é muy convenia; y que entrados en la mar, fuera de los términos de su reino, salió Amadís de Gaula con otros muchos caballeros con otra flota, é desbaratados los vuestros, é muertos muchos con el príncipe Salustanquidio, é preso Brondajel de Roca y el arzobispo de Talancia y el duque de Ancona, é otros muchos con ellos, fué Oriana tomada, con todas sus dueñas é doncellas, é la reina Sardamira, é todos los presos é despojos fueron llevados á la insola Firme, donde la tienen, y que desde allí le han enviado mensajeros con algunos conciertos; pero que los no ha querido oír fasta que vos, Señor, á quien este fecho tanto toca, lo sepais, é vea cómo lo sentis; faciéndole saber que si así como á él le parece que deben ser castigados, si os parece á vos que sea tan breve, que el tiempo largo no haga la injuria mayor.» Cuando el Emperador esto oyó, fué muy espantado, é dijo con gran dolor de su corazón: «¡Oh cativo emperador de Roma! si tú esto no castigas, no te cumple sola una hora en este mundo vivir.» E tornó é dijo: «¿Es cierto que Oriana es tomada é mi primo muerto?—Cierto sin ninguna duda, dijo don Guilan; que todo ha pasado como vos he dicho.—Pues agora, caballero, os volved, dijo el Emperador, é decid al Rey, vuestro señor, que esta injuria é la venganza della yo la tomo á mi cargo, y que él no entienda en otra cosa sino en mirar lo que yo faré; que si deudo con él yo quiero, no es para darle trabajo ni cuidado, sino para le vengar de quien enojo le ficere.—Señor, dijo don Guilan, vos respondeis como gran señor que sois é caballero de gran esfuerzo; pero entiendo que lo habeis con tales hombres que bien será menester lo de allá con lo de acá. Y el Rey, mi señor, fasta agora está bien satisfecho de todos los que enojo le han fecho, é así lo estará de aquí adelante. Y pues tan buen recaudo en vos, Señor, fallo, yo me partiré, é mandad poner en obra lo que cumple, é muy presto, con tal aparejo como es menester para tomar venganza sin que el contrario se resciba.»

Con esto se despidió don Guilan del Emperador, é no muy contento; que como este fuese un muy noble caballero é muy cuerdo y esforzado, é viese con tan poca autoridad é liviandad hablar aquel emperador, gran pesar en su corazón llevaba de ver al Rey su señor en compañía de hombre tan desconcertado, donde no le podia venir, si por muy gran dicha no fuese, sino toda